

ambiciones burladas, la época más deshonrosa de la historia moderna unida á su nombre indisolublemente, la invasion extranjera vinculada en su torpeza; cuando contemple cómo le han deshonrado y le han hundido los mismos á quienes sacrificaba historia, reputacion, nombre de familia, y un porvenir bri-

llantísimo de gloria, debe alzar los ojos á su conciencia oscurecida y desde su conciencia al cielo, para reconocer cuán severa é implacablemente castigan cielo y conciencia, justicia humana y justicia divina á todos los apóstatas.

CAPITULO XXXIII.

MINUCIOSIDADES.

Día 13 de Agosto.

El telégrafo prusiano comunica detalles de las últimas batallas y son horribles para el ejército francés. En Rischoffen cayeron diez mil prisioneros con armas, y diez mil heridos y muertos.

El cuerpo del general Frossard fué en Forbach no vencido, no aplastado, sino molido, disuelto, atomizado, llegando hasta el aniquilamiento. Mientras tales siniestras noticias corren por Europa, se nombra en París el nuevo ministerio. Un estupor general de toda la Europa culta lo acoge. Son los esbirros del pueblo, los cortesanos de los peores dias, los enemigos de la libertad, los cómplices de todos los atentados, los mamelucos, la guardia negra del César, aquellos que quisieran el exterminio de los liberales en el momento mismo en que Francia necesita de todos sus hijos y en que resuenan las estancias de la Marsellesa, el cántico de la República. El partido absolutista del Imperio no podia desaprovechar esta coyuntura de rehacer el despotismo cesáreo. El ministerio Palikao es el

ministerio de la dictadura, el ministerio de la reaccion, el ministerio de las complacencias cortesanas, el ministerio del bombardeo de París, uno de esos desafíos insensatos que los poderes moribundos arrojan al rostro de los pueblos.

La Emperatriz ha podido elegir entre sus partidarios otro que no fuera el célebre expoliador de los palacios de China; otro que no fuera el antiguo demagogo, el compañero del sastre Du Satoy, el redactor retribuido de los periódicos imperialistas, el tráfuga Duvernois. La Emperatriz pudo elegir otro que no fuera el procurador imperial Grandperret, que ha perseguido como fieras á los demócratas; que los ha insultado desde los altares de la ley cobardemente cuando estaban desarmados y presos; que ha cubierto con la toga de la magistratura francesa á la policía secreta, á los esbirros, á los inventores de conspiraciones inverosímiles, á los seres más viles que guardan en sus abismos las deformidades morales del Imperio.

Se quiere levantar á Francia y se le presen-

tan todas sus humillaciones. Se quiere que defiendan los franceses la patria, y se le recuerda que la patria es la ignominia. Se aspira á reconciliar los partidos, y se eleva al poder á los que han escupido sangre y hiel infamemente al único partido que guarda en sus ideas la salvacion y en sus tradiciones la honra de Francia. Los ánimos, en vista de tamaña audacia, dirán que hay un enemigo más feroz y más temible que el prusiano, y es el Imperio.

Día 14 de Agosto.

Las sesiones del Cuerpo Legislativo han tomado un aspecto más sereno. Así como en el primer día dentro y fuera de la Cámara reinaba la pasión, reina en el día último la impaciencia por la victoria. El día primero, las muchedumbres que se agolpaban á las puertas del Cuerpo Legislativo, ansiosas por saber nuevas de la patria herida; esas muchedumbres á las cuales apelaba Napoleon desde sus murallas de Metz; esas muchedumbres, en cuyas venas se encuentra el único rescate de la honra nacional, la sangre del pueblo; esas muchedumbres, que aun guardan el aliento del noventa y tres, corrieron á los alrededores de la Asamblea siendo recibidas por los agentes del Imperio á golpes, á sablazos, como los rusos á los polacos.

Es verdaderamente horrible pensar que dos provincias francesas se hallan casi perdidas para la patria comun; los ejércitos comprometidos, la honra de Francia eclipsada, su prestigio en el mundo menguado; y muchos batallones, muchos regimientos, indispensables á la salvacion de todos, en París, como si los extranjeros fueran los parisienses y no los prusianos. Cuantas veces algunos

batallones de á pié ó de á caballo atraviesan la plaza de la Concordia para contener al pueblo en su justísima indignacion; el pueblo grita enfurecido á la frontera, á la frontera. Y cuantas veces uno de esos animosos diputados que han criticado los errores del gobierno personal, presentado sus derrotas, y anunciado los peligros corridos por la nacion bajo aquel eclipse de la conciencia humana, que todo lo envolvía en su mortífera sombra; cuantas veces decia, uno de estos diputados aparece, óyense clamores mal reprimidos del pueblo que los invoca, y saluda en esa legion fortísima y honrada el advenimiento de la República.

La última sesion que el telégrafo trasmite es más tranquila. Julio Favre ha conseguido que la milicia nacional se organice en las mismas condiciones que tenia allá por el año treinta, inmediatamente despues de la revolucion de Julio. Keratry consigue que los licenciados de los últimos años vuelvan al ejército. Julio Favre arranca al gobierno otra declaracion importantísima, la declaracion de que el general en jefe es Bazaine y no el Emperador. Palikao sube á la tribuna. Es debilísima su voz. «No lo extrañeis, esclama; recibí una bala en mitad del pecho y ahí se ha quedado.» «No hay motivo, añade, para desesperarse; conseguiremos pronto un rápido, seguro y glorioso desquite.» Todas las demás disposiciones que el Cuerpo Legislativo toma, se refieren á un armamento general. En este punto hay tal entusiasmo que todo París arde en un verdadero y espontáneo furor guerrero. Si la nacion crece y se purifica en el crisol de este grande infortunio, ¡ay de Napoleon!

CAPITULO XXXIV.

DESESPERACION.

Día 15 de Agosto.

Se aguardaba para hoy una gran batalla. Los telégramas imperialistas no han cesado ni un momento de anunciarla. Pero la batalla no sobreviene. Lluvias torrenciales, de esas frecuentísimas por los climas del Norte en este mes, impiden maniobrar. Las avanzadas prusianas llegan á dos leguas de Metz. El sentido general cree que si Federico el Grande ó Napoleon I mandaran esas huestes aguerridas, fogueadas en combates titánicos, victoriosas de un ejército que se creía invencible, ya hubieran caído sobre el campamento de Metz, arrollándolo, decidiendo en definitiva y sin apelacion el triunfo sobre el Imperio. Los más prudentes dicen que golpes tan rudos como los dados ya, victorias tan brillantes como las ya obtenidas, requieren una grande medida. No maniobran los alemanes como antes en su propio territorio, no tienen los pueblos en su favor como en el Palatinado y en las provincias rhinianas. Alsacia y Lorena son de origen aleman, hablan aleman, tienen tierra y cielo, carácter y talento ger-

mánicos; pero la revolucion, destruyendo el feudalismo y dando al siervo una dignidad que no podia esperar del antiguo Imperio, convirtió esas dos provincias en dos fortalezas formidables del territorio francés. Luego Napoleon se encuentra en una posicion ventajosísima. El rio Mosela, y las fortalezas de Metz y Thionville, son grandes puntos de apoyo, sin contar sus campos atrincherados. Aunque los muertos, los heridos, los prisioneros, el natural desfallecimiento, despues de la derrota, el pánico de Francia le hayan quitado mucha fuerza, todavía tiene trescientos mil hombres heridos en su honra militar, y ansiosos de un ruidoso desquite. Luego el éxito continuo compromete á mucho y los vencedores del Elba, de Sadowah, de Voerth, de Wisemburgo, de Forbach, han de mirarse mucho antes de perder ese prestigio, que decide tanto de las futuras victorias. Para no dejar que la opinion pública descanse, para humillar más á Francia, para encender más el entusiasmo de Alemania, mientras el Emperador anuncia que están cortadas sus co-

municaciones con Strasburgo, los prusianos anuncian que acaban de sitiar esta ciudad, la hermosa, la poética capital de Alsacia, la patria de Guttenberg, la que refleja en el Rhin la aguja de su catedral gótica, tantas veces cantada por la poesía moderna; esa ciudad, que ha enviado á la literatura de su nacion la gran falange de escritores, sóbrios, sencillos, profundos, que reunen á la elegancia francesa la solidez germánica. Me parece ver al

ilustre solitario de Veytaux, el gran Quinet, proscripto del derecho, proscripto de la República, maldiciendo con su elocuencia arrebatadora el segundo Imperio que ha vuelto á traer sobre la patria la ignominia de una segunda irrupcion del Norte. Al iros, proscriptos ilustres, os llevásteis con vosotros el genio francés que sólo volverá á resplandecer en el mundo cuando se reedifique su altar, cuando se reedifique la República.

CAPITULO XXXV.

DESASTRES.

Día 16 de Agosto.

Hoy se halla la atencion concentrada en la futura batalla. De ella depende la suerte de Europa. Las noticias todas convienen ya en que Napoleon, admirablemente colocado para la defensiva, espera en el Mosela, apoyándose sobre Metz, Nancy y Thionville, un fuerte ataque de los prusianos que le permita una batalla decisiva y gloriosa. Está visto: el César, que se proponia ir de marcha en marcha y de victoria en victoria hasta Berlin, se halla á la defensiva en la fortísima plaza de Metz. La ciencia militar enseña que nada es tan difícil como una batalla defensiva. Y cuando los condenados á esa actitud son los nerviosos, los movibles, los impetuosísimos franceses, suben de punto las dificultades, y rayan en lo imposible. Cuatro batallas defensivas empeñó Napoleon el Grande en toda su vida. Una fué de efectos deplorables. Se necesita apoyar formidablemente los flancos; dejar al enemigo un solo punto de desemboque; tener terreno á un tiempo fuerte para guarecerse y despejado para observar todos los movimien-

tos contrarios; convertir cuando sea preciso la defensiva en ofensiva, y escoger tan admirablemente su defensa que no pueda ser burlado, doblado y envuelto el ejército en círculos de fuego, en oleadas de hombres. Los tácticos dicen que la línea del Mosela es buena; pero muy preferible á ella la línea del Mosa que llamaria más abajo los ejércitos alemanes y permitiria, con un heróico arranque, estrellarlos contra el Mosela y las grandes fortalezas que allí tiene la nacion francesa.

Pero Napoleon no se atreve á esta manobra. Al interés de su dinastía sacrifica como siempre el interés de Francia. ¿Qué dirán los áticos parisienses si ven nuevos retrocesos, nuevos abandonos de líneas, mayor proximidad á la capital? ¿No se creerán perdidos? Y en su desaliento ¿no se volverán airados contra el Imperio?

El segundo Imperio puede presentar á Francia en su testamento la ruina de la democracia, la perversion de los ánimos, el abatimiento de las inteligencias, el eclipse de